AMADOR

Número 57 | Grupo Cultural Amador de los Ríos | 9 de marzo de 2015

EL ACTO SE CELEBRARÁ EN LA SEDE DE LA AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS A LAS 20.00 HORAS

Lorenzo Ruiz, el poeta relojero

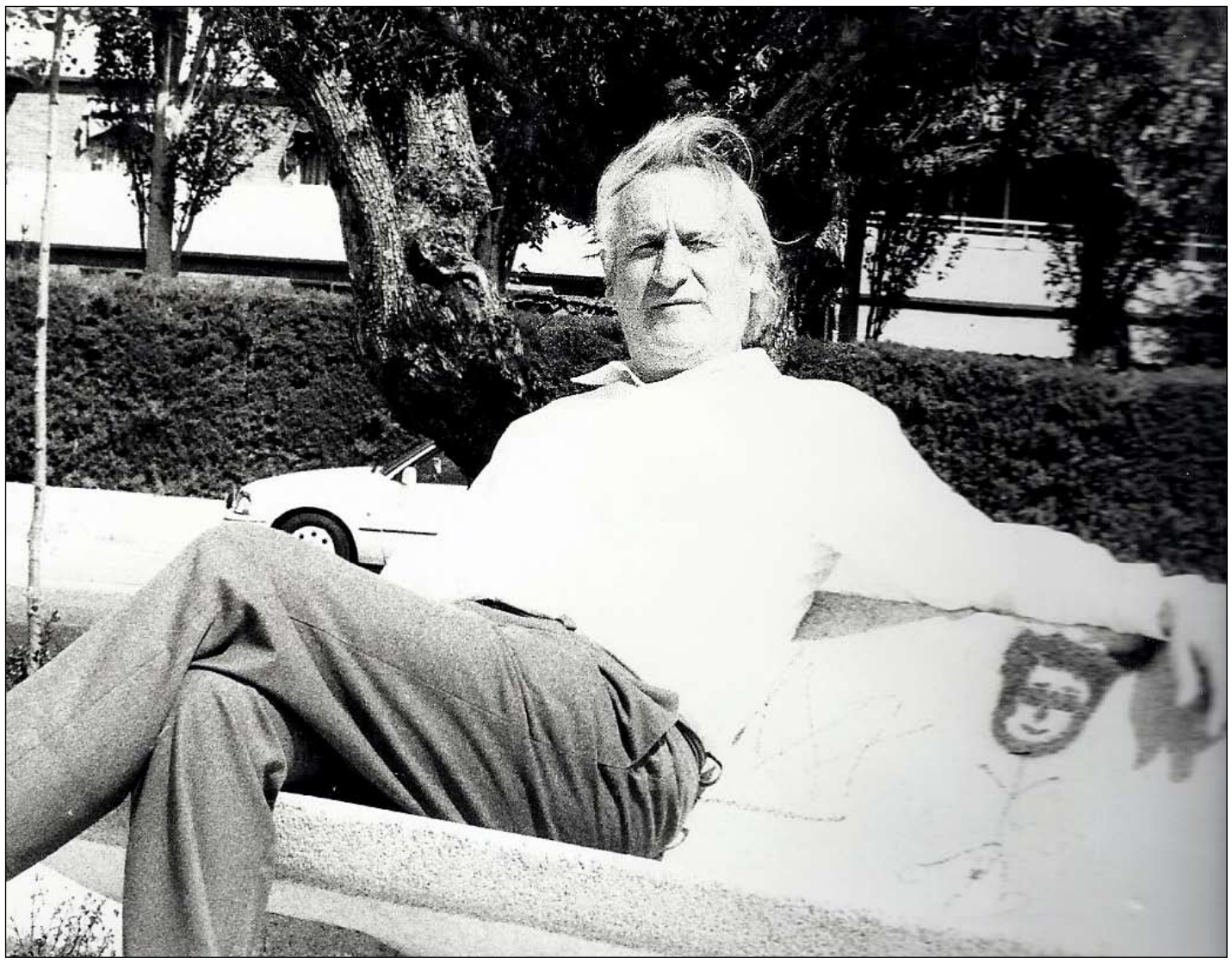
El Grupo Amador de los Ríos presentará este sábado un cuaderno dedicado al escritor baenense

Rafael Ruiz Arjona, amigo de Lorenzo, analiza su trayectoria

RAFAEL RUIZ ARJONA

Nuevamente el Grupo Cultural Amador de los Ríos pone en valor a otro personaje baenense, Lorenzo Ruiz Serrano (Baena 1937-2010), al que le reconoce el trabajo poético y narrativo de su obra, motivo que se puede unir al homenaje realizado hace ya unos años por el grupo de poetas de su ciudad. Carmeli Piernagorda, en versos llenos de sentimiento, escribía: «Como se quiebra el día/en el manto de la noche/tus versos quedaron rotos...». Y José Antonio Santano, otro poeta amigo, decía: «Tu nombre es sol y tierra y noche/donde habitan los sueños...». Lorenzo fue un soñador. Soñaba despierto, que es la mejor manera de soñar para dar forma a las ideas, inventor de palabras cuando juegan los escritos entre la metáfora y lo sencillo que lo lleva a la creación. De niño jugaba con las bolas y el aro, de mayor con las palabras hilvanándolas buscándole sentido a la idea.

Lorenzo fue el menor de cuatro hermanos de una familia integrada también por Dolores, José María y Francisco. Hijos de Pedro Ruiz y Felisa Serrano, los padres eran de origen modesto, originarios del pueblo vinatero de Doña Mencía. Pusieron en marcha una taberna, conocida como la de «Pedro el menciano», que fue atendida por la familia durante medio siglo. Posteriormente, cada hermano emprendió caminos diferentes por motivos laborales. El benjamín de la familia tal vez fuera aprendiz de poeta antes que tabernero.



Lorenzo Ruiz, en una fotografía facilitada por la familia.

SUS INICIOS

Con 17 años compuso su primer soneto (hoy perdido), mediada la década de los años 50 del siglo pasado. «Largas crenchas», decía de la cabeza del Nazareno. Aquel soneto era como la encarnación con la que entraba en literatura. El que ahora lo refiere lo dio a leer al médico Luis González Barcia, quien dejó ver algunos errores en la métrica, aunque advirtió de la sensibilidad que apuntaban los versos. No tenía mal principio el futuro poeta, como bueno lo tuvo en el inicio de la lectura con obras como «Las cerezas del cementerio», de Gabriel Miró, o el «Quijote». Como testimonio de la admiración que sentía por el ingenioso manchego, en su relojería mostraba un bajorrelieve en cobre de don Quijote frente a los molinos, con un asustado Sancho. Y como inclinación a la poesía la obra de cabecera para él no podía ser otra que la de Federico García Lorca, al que admiraba y recitaba en los actos culturales (comedias), en el escenario del Divino Maestro. De la obra lorquiana gustaba recitar la «Muerte de Ignacio Sánchez Mejías», con aquel sonsonete agónico repetitivo que señalaba la muerte: «A las cinco en punto de la tarde/Dile a la luna que venga/que no quiero ver/la sangre de Ignacio sobre la arena...». Después van surgiendo los poemas que dedicó a diversos aspectos de la Semana Santa. Son como las ráfagas que desprende su alma dotada con la capacidad sensible de valorar en palabras –si es que ello tiene valoración– el estado anímico de Jesús y su Madre, Virgen de los Dolores, como eje de lo escrito. Aunque esté fuera del tiempo, está presente su obra, que es soplo de su vida y aquí la recordamos con su autor, como una canción en verso y prosa que nos ha dejado. En ello está su huella, el paso entre nosotros, y muy unido a los poetas que como Lorenzo aman su tierra. Testimonio deja de la Semana Santa en sus rimas preferidas para esta fiesta agridulce del Señor. Le cantó el nacimiento en villancicos: «Al Niño la Virgen un beso le dio/cerca del pesebre/la mula rió...». Le habló desde el pesebre a este Niño que no quiso nacer en primavera, sino morir en ella, y va de Belén al Gólgota: «¡Ay! costaleros mecedlo/que no se clave la Cruz/que el aire empape la sangre/y el sol lo llene de Luz. ¡Ay! costaleros/costaleros de Jesús».

Y lo dice, y si no lo dice lo piensa, cuando con la Cruz camina por la Puerta de Córdoba: Nazareno, ¿dónde vas con esa Cruz tan pesada? Conducido voy a muerte con mi dolor y mis llagas. El poeta dialoga con el Maestro, pregunta y tiene respuesta, le duele el camino emprendido. En otro lugar le pide: «Nazareno vivo y muerto/déjanos llevar tu Cruz...». Pero este baenense sabe que no es Cruz lo que lleva, sino mensaje de humildad y obediencia convertida en Cruz. No olvida al Nazareno de San Francisco, «crisol de bondad

–dice a los ojos del Maestro– que haces volar de tristeza mi alma». Ni en poesía ni en prosa este poeta pretende conquistar estrellas, solo poner en sencillos versos lo que siente de la Semana Santa, de sus imágenes, el judío o el tambor, del que dice: «¡Clarín, tambor de Baena!/ruedo blanco sin arena».

Con su impulso de poeta invoca la grandeza de unos días dedicados a la desdicha y gloria de Jesús. Buen conversador, en su taberna y fuera de ella, escanciando vino menciano, gota a gota, verso a verso en un amplio arco del tiempo, ha ido formando su ilusionada obra con poemas líricos y familiares, canta a su primogénita: «Alba de la inocencia/sonrisa en clavellina.../Eres primavera/en flor la inocencia...».

En la obra de Lorenzo Ruiz, lo más conocido, por mayor publicación, son sus escritos de Semana Santa, pero no es el tema dominante, porque entre la poesía y prosa hay un equilibrio. Aunque ésta se aleja del tema semanasantero, la narrativa ocupa un espacio importante. Poco conocidas son sus coplillas satíricas carnavalescas: Qué traste más útil señores es la práctica «escupiera» pues lo mismo nos socorre por detrás que por defuera. La gracia la aplica al ingenio creativo y dice del olivo: Aceituna negra y prieta que parieron los olivos aceite van chorreando por olivares de siglos.

De lo serio pasa a la broma y de la broma hace lo más serio de lo escrito cuando recoge, con humor admirable y sobrada sutileza, un juguetillo cómico en Ensayo en la carpintería: «La falta a tres ensayos será considerada grave y a la causanta o causante le será obligatorio barrer la carpintería y fregarla y quedar mirando para el encalado... Pues pilar fundamental rondallero será la alegría, pero la de buen llevar... Cantar con espíritu y dejarse de charlatanerías y garambinas que conducen al desgano de las canas... Seremos rondalleros aguantones del frío o la calor y el que se quejase de las temperaturas, mal menor, le será echada una manta el verano hasta que sus sudores sean con los del requesón...».

Cuatro folios disparatados de ocurrencias burlescas sin burlarse de nadie. Desde aquel primer soneto han volado los días hasta este pasatiempo de ritmo vital de broma. Y sigue con el humor en la línea gregueriana de Gómez de la Serna. Cosas como que tener un buen vecino es como si te toca en todas las jugadas la pedrea o que la huella digital es la fotografía del alma traspasada a las líneas de los dedos y el cohete es el diablo cojuelo de los fuegos de artificio.

No se le agotan las ocurrencias. Para él los Sayones son «pereza de la baqueta», el canario parece que es el único pájaro que no está descontento de la jaula y no olvida decir que la tormenta es el tamborileo del cielo.

Lorenzo, delante de la imagen de Jesús, con Pablo Frías y el cuadrillero Peña.

Lorenzo, su esposa y dos de sus hijos.

Tiene otros artículos, otros temas, con títulos sugerentes como Retorno de la esperanza, La torre del Sol, La fuentecilla de la Plancha, Coplas Carnavalescas de los Pobretones, Letrillas aceituneras, A la Almedina, La roldada, Niña y cementerio, Serenata a Luque o El beso lejano irrepetible. De Sor Julia, en su homenaje, dijo que era «monja chiquita/con calma de paloma». Hay más. Muy interesante es el relato que hace de Antoñuelo, el Peinaor, como él llama cariñosamente a su buen amigo: «Vives como siendo un pillo, tabernario de gañote, honrado y huérfano de dinero». El que pudiera encajar en algún personaje del Lazarillo o del Buscón, de Quevedo, alimentándose con menos que lo que el Licenciado Cabra daba a sus pupilos. Es la idiosincrasia de este baenense, que de forma desenfadada y con humor describe con soltura a este pícaro honrado, amable y discreto. Guardaremos su recuerdo, guardaremos sus escritos y no olvidaremos la amistad que nos unió, como no olvidaré y agradeceré que con él me aficioné a la lectura.

El tiempo se le acabó. Y cada madrugada divina de luna llena y estrellas cercanas de Viernes Santo, a Lorenzo, allá donde esté, Jesús y su Virgen Madre, María de los Dolores, lo esperarán en la Cruz de Jaspe para escuchar su voz de tenor joven desde su pequeño coro, con las manos puestas sobre su cabeza salpicada de canas, para agradecerle las últimas notas que le dedicara.